

**Anuario de EUSKO-FOLKLORE**Sociedad de Ciencias Naturales **ARANZADI**

San Sebastián

Tomo XXII. - 1967 - 1968 - Páginas 165-167

**ALQUIZA Y LA ARTESANIA DE LA SILLA***Por JUAN GARMENDIA*

Con sus setenta casas, de las que únicamente cincuenta se hallan ocupadas, y en las cuales se reparten sus trescientos cincuenta habitantes, Alquiza es una típica aldea que se asienta en las estribaciones del mítico Hernio, y en el centro del bello circuito carretil que desde Anoeta va a embocar en la carretera de Villabona a Asteasu.

Su iglesia, dedicada a San Martín, luce una preciosa puerta de Sargrario, atribuída a Anchieta, que representa el Descendimiento de la Cruz, y su sacristía guarda un retablo mayor del mismo genial escultor, que se halla retirado y reemplazado por otro del «errikoseme» Miguel de Irazusta.

Podemos afirmar que en este pueblecillo, villa desde el siglo XVIII, con sus casas solariegas de Zumitza, Aguinaga, Alquiza-Lete y Arpide, de ambiente bucólico y sosegado, todavía a comienzos de siglo, casi todo su caserío era «ikazkin» —carbonero— y confeccionaba la rústica sillería necesaria para su uso doméstico y particular.

Aunque, salvo contadas excepciones, para el aldeano de nuestros días, que en parte vive ligado a los centros fabriles, esos quehaceres, como otros varios de similares características, no tienen otra vivencia que el recuerdo que, según transcurre el tiempo, se hace cada vez más vago e impreciso, en Alquiza, a guisa de pretérita reminiscencia artesana, se conserva aún la débil llama de esta humilde industria sillera.

El primer artesano, llamémosle profesional, que en esta villa se dedicó a este trabajo casero, y de esto hace cincuenta años, fue Fidel Tolosa.

Fidel, que gran parte de su cotidiana jornada, que con frecuencia comienza al clarecer y dura hasta la caída de la tarde, la dedica a esta labor, vive y tiene su modesto taller junto a la carretera, a pocos metros de la plaza, en una señorial casa que en su fachada, en placa

de piedra, lleva esculpido el nombre de «don Mikelarena», junto a otra llamada de «don Juanenea». Sobre añosas ménsulas, un mismo y amplio alero protege a las dos casas unidas entre sí.

Pero no sólo es Fidel Tolosa el que aquí se dedica a este oficio. Si bien, como anotábamos antes, fue el iniciador, sus inmediatos continuadores fueron Luis Iruretagoyena, que ocupa otra de las viviendas de «don Mikelarena», y a quien, retirado ya de esta labor, le ha sucedido su sobrino Javier Iruretagoyena, e Ignacio Elola, artesano en activo y «etxejaun» del caserío «Kukutegi».

Esta industria casera de Alquiza es corta y sencilla; pero, a su vez, de sabor auténtico y simpático.

Además del viejo banco carpintero —«aulki»—, las herramientas de las cuales se vale el artesano para su trabajo, son las siguientes: cuchillo, berbiquí («tatulua»), sierra («serra»), hacha («aitzkora») y martillo («mallu»).

Antes, en gran parte, empleaban la madera de haya; pero hoy usan la del olmo («zumarra»), de diez o doce años, que debe ser seca («iarra»).

Los tipos de silla que se confeccionan en esta villa rural los podemos clasificar en tres grupos: silla «txikia» (pequeña), «sukalde» silla (de cocina) y la «ume» silla (para las criaturas), que, como es natural, es de uso muy restringido.

Todos estos asientos se componen de dos patas delanteras y dos traseras, conocidas éstas por «silla-gaiak», doce travesaños —«zirik»—, de castaño, y el asiento, al que se llama «eserileku».

En estas sillas solamente varían las medidas de sus patas traseras, que son suavemente curvilíneas, y la altura a que desde el suelo va el asiento.

Las patas traseras de la silla «txikia» miden 35 cm. y el asiento queda a 30 cm. del suelo; en la llamada «sukalde silla», sus «silla gaiak» tienen 1,2 m. de largo y el «eserileku» se encuentra a 40 cm., y en la «ume silla» las patas traseras son de 1,20 m., pero su asiento se halla a 80 cm. del suelo,

El grosor y el ancho de las patas, que son de 3 cm., no varía.

Los travesaños —«zirik»—, que son todos ellos de la misma medida, tienen 35 cm. de largo, y se distribuyen en uno de respaldo, otro de cabezal y diez llamados bajos.

En la parte superior de la silla, que sobresale del asiento o «eserileku», los «zirik» conocidos por respaldo y cabezal van sujetos a las respectivas ranuras de las «silla gaiak» y vienen a formar lo que llamamos respaldo.

Los travesaños bajos o inferiores, que sujetan a las patas y sirven para formar el marco del asiento, se subdividen en seis de costado, dos delanteros y dos traseros.

El «eserileku», que en su parte delantera da 41 cm. de ancho por 35 en su lado posterior, es de forma ligeramente cónica, formado por tiras —«zumitzak»— de avellano —«urritza»— entrecruzadas, y se apoya sobre las patas delantera y va cosido a cuatro travesaños —«zikrik»—. Uno delantero, otro posterior y dos de costado.

Para sacar la «zumitza», el artesano, primeramente, hace con el cuchillo una hendidura en el jaro, y, seguidamente, valiéndose de sus manos, desgarrar la madera. Para llevar a cabo esta operación el jaro debe estar húmedo —«ezia»—, y es por ello que el sillero tala conforme a sus necesidades.

Como complemento de su oficio, estos artesanos hacen fundas para garrafones —«garrafo saskik»—, así como determinados biombos.

Y para terminar, sin alejarnos demasiado de Alquiza, veremos que asimismo Régil y Berástegui tienen su sillero.

El de Berástegui es José María Gastañaga, del caserío «Idiazábal». Este, a las «silla gaiak» llama «atzeko ankak» (patas traseras), y el asiento es de «zumitza» de castaño.

El de Régil, Nicasio Beristain, vive en la casa «Madrilesa». En su trabajo emplea el aliso «altza», sus sillas llevan las patas torneadas y el asiento lo hace con esparto entretejido.

En este pueblo, hasta hace unos años, había otros dos silleros. En la misma casa que Beristain trabajaba Miguel Iturain, y en la de «Txako-kua», Nicasio Arruti.

Hoy esta industria indígena se encuentra a punto de desaparecer.

Cualquier motivo que para algunos desconocedores del ambiente en el cual se desenvuelven estos nuestros artesanos puede parecer pueril, es suficiente para que, de manera inadvertida, desaparezca un oficio que ha satisfecho, dentro de su especialidad, las necesidades caseras de nuestro pueblo.